

análisis matizados sobre las variantes regionales (en particular en los de Alemania y Polonia) y para la organización de la producción (cooperativas contra lecherías privadas en el caso del sector lácteo danés).

Estamos ante un libro importante e útil, que sin duda será profusamente citado y consultado. No es una obra visualmente atractiva: sus mapas y gráficos, sobre todo los mapas sombreados y los reproducidos de otras obras, no resultan agradables a la vista. Al menos un capítulo podría haberse beneficiado de la revisión de un hablante nativo de inglés. Y qué lástima que *Agriculture and Economic Development in Europe since 1870*, como otros de esta serie *Routledge Explorations in Economic History*,

cueste tan caro (85 libras). ¿Cuándo dejarán estos volúmenes tan caros de ser la mejor forma de difundir las importantes ideas que contienen? Entre tanto, toda biblioteca académica debería poseer un ejemplar o al menos facilitar su préstamo interbibliotecario.

Cormac Ó Gráda

University College Dublin

(Traducción del inglés

de Miguel Cabo Villaverde)

REFERENCIAS

FEDERICO, G. (2005): *Feeding the World: An Economic History of Agriculture 1800-2000*, Princeton, Princeton University Press.

Mercedes García Rodríguez

Entre haciendas y plantaciones: orígenes de la manufactura azucarera en La Habana

La Habana, Adicional de Ciencias Sociales, 2007, 371 pp.

El mercado azucarero se modificó sustancialmente a finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX. Tras proclamar su emancipación, Estados Unidos dejó de comprar dulce en las colonias caribeñas de su ex-metrópoli británica. Éstas tenían dificultades para incrementar su oferta de azúcar por lo reducido de sus territorios insulares, lo que se agravaría al abolirse en 1808 la trata de esclavos africanos, que nutrían de trabajo a sus plantaciones, y la esclavitud tres décadas después. Además, el principal exportador de azúcar del mundo, el Haití francés, iniciaba una revolución de independencia en 1791 que reduciría drás-

ticamente su oferta, aunque Cuba iba a conseguir sustituirlo en esa posición en un plazo muy corto de tiempo. La historiografía no ha analizado suficientemente el problema, pero disponer de demanda no explica cómo y por qué pudo la Gran Antilla aprovechar tan excepcional coyuntura de mercado y tan rápidamente.

La plantación azucarera esclavista moderna surgió en la colonia británica de Barbados hacia 1640 y se extendió velozmente por el resto del Caribe, con excepción de los dominios insulares españoles. En el caso de Cuba la causa más plausible, aunque no la única, es que lo impidió su escasa po-

blación y no haber logrado desarrollar suficientemente el comercio de africanos para abastecerse de mano de obra. En las circunstancias descritas de finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX esto se resolvió al quedar disponibles los esclavos que antes se dirigían a las colonias antillanas de otros reinos europeos. Sin embargo disponer de uno de los factores de producción, el trabajo, no explica por sí solo una expansión de oferta azucarera como la que se dio en la colonia hispana.

Hacia 1775 había en Cuba 44.000 esclavos. Tal cantidad se había duplicado en 1790 y en 1830 ascendía a 300.000. Las exportaciones de azúcar pasaron de 7.600 toneladas/año en el quinquenio 1780-1784 a 35.000 al despuntar el siglo XIX, con una tasa de crecimiento en torno al 10% anual, que no disminuyó luego, llegando a 100.000 toneladas en 1830-1834 y hasta 700.000 en la década de 1870. Sabíamos que una serie de cambios institucionales, conocidos como reformas borbónicas y que liberalizaron el comercio de mercancías y negrero e incentivaron fiscalmente la agricultura, apoyaron ese proceso, que se financió con los beneficios generados por el cultivo y exportación de tabaco y el comercio en general, y con el capital expropiado a los jesuitas tras su expulsión y a otras órdenes religiosas desamortizadas. Conocíamos también que, a la par, cambios en la estructura de la propiedad y uso de la tierra proporcionaron ese último factor de producción.

Con lo que no contábamos hasta ahora era con una investigación que analizase pormenorizadamente todos los factores

mencionados en la industria azucarera cubana y demostrase que realmente éstos, y la manera en que se fue adaptando a ellos, le permitieron estar preparada para asumir el reto de responder al incremento de la demanda internacional con un aumento espectacular de su oferta y además muy sólido, pues el progreso iniciado entonces, como se ha visto, no se detuvo al cambiar las excepcionales circunstancias del período de finales del siglo XVIII e inicios del XIX. Sabíamos, además, que el sector hizo frente a los sucesivos problemas que se le fueron planteando en tiempos posteriores con cambios tecnológicos, con lo que consiguió no sólo mantener, sino mejorar su competitividad internacional. Hasta la publicación de este libro intuíamos, o afirmábamos basándonos en datos escasos y parciales, que la explicación radicaba en parte en las buenas condiciones con que se inició su desarrollo moderno. Desde ahora es posible seguir haciéndolo sin temor a equivocarnos.

Entre haciendas y plantaciones: orígenes de la manufactura azucarera en La Habana, completa un capítulo de la historia de la industria azucarera –y económica y general– de Cuba, que hasta ahora contaba con muy buenas investigaciones para los siglos XIX y XX, como las de Ely (1963) o Moreno Friginals (1978), y que, además, resuelve los principales interrogantes que planteaba el período anterior a 1800. En realidad la autora ya había ido publicando algunos adelantos de su investigación en varios artículos (por ejemplo García Rodríguez, 1991, 1999 y 2006) y, sobre todo, en dos libros dedicados al caso de la Compañía de Jesús y a la financiación de las

plantaciones cañeras (García Rodríguez, 2000 y 2004). Sin embargo hasta ahora no nos había presentado el análisis de todo el *proceso completo*.

Para escribir *Entre haciendas y plantaciones* la autora ha necesitado alrededor de una década de trabajo, lo que indica el esfuerzo y la solidez de la investigación, en la cual ha revisado multitud de fuentes en diferentes archivos europeos y americanos. El resultado más importante —e imponente—, aunque no el único, ha sido la construcción de una base de datos de ingenios para el siglo XVIII en la que se detallan sus nombres, localización, propietarios, número de tierras totales y sembradas, cantidad de esclavos que formaban su dotación, tipo de tecnología empleada en las fábricas —incluyendo además un desglose de la inversión en cada partida—, producción de caña, de los distintos tipos de azúcar, mieles y demás bienes de unas doscientas unidades agro-manufacturadas. Otras informaciones, como el monto de las cuentas de refacción o los rendimientos, también son consideradas en la base cuando es posible. García Rodríguez ofrece en el apéndice del libro una parte considerable de todos estos datos.

Con la información de esta base de datos García Rodríguez analiza el desarrollo de la industria azucarera cubana desde el lado de la oferta. Dedicar un capítulo a cada uno de los factores de producción (tierra, trabajo, capital y tecnología) y varios apartados a aspectos como el marco institucional, la financiación o el comercio. En algunos casos, por ejemplo la tecnología, se estudian pormenorizadamente y por separado las distintas partes de la agro-manu-

factura del dulce.

La investigación se centra en La Habana, bien es cierto, pero eso no debe conducir a pensar que es un estudio regional, pues la producción de azúcar en la Cuba del siglo XVIII se concentraba en el área capitalina. Quizás por ello habría sido conveniente reflejarlo en el título, aunque que se trata de un defecto menor en una investigación mayor. Otros problemas que presenta y que conviene reseñar es un exceso de extensión y de detalle en las explicaciones. El libro podría ser más breve si la autora hubiese realizado un esfuerzo mayor de síntesis y evitado algunas reiteraciones, daño colateral común en los trabajos que se estructuran dedicando capítulos independientes a cada una de las variables que inciden los procesos. Peor que esto, sin embargo, es que, por el contrario, García Rodríguez podría haber explotado aún más su base de datos aplicando análisis económico. Se echan en falta capítulos específicos donde se aborden así los costes de producción y los rendimientos y se estimen ambas variables a lo largo del tiempo, lo que hubiese sido factible con la información disponible. Además habría que haber ubicado mejor los procesos que estudia en su contexto. Se echan en falta, también, un análisis pormenorizado del mercado azucarero en el siglo XVIII y una presentación de los datos de producción, cubana y mundial, y de las series de precios. Su ausencia impide en muchos valorar en su justa medida el alcance de las interesantes conclusiones de la obra. Habría sido también conveniente incluir en la investigación un análisis comparativo de los ingenios cuba-

nos y su producción en relación con otros competidores internacionales.

Otros defectos menores de *Entre haciendas y capitales* son la calificación de feudal de las relaciones de producción, algo que no sólo es incierto (eran esclavistas), sino que además resulta ser un simple etiquetado innecesario cuando dichas relaciones se están analizando con sumo detalle, y algunas consideraciones relativas a las cuentas de refacción, en la que se han incluido partidas que no eran *strictus sensu* productivas, algo achacable más al tipo de crédito disponible que al modo de llevar la contabilidad.

Exceptuando los problemas mencionados, que salvo en lo que respecta a la falta de análisis económico y comparado y de ciertas series de datos imprescindibles son defectos menores, la obra de García Rodríguez es un lujo para la historiografía cubana. Hay algunos capítulos en los que la investigación y el modo en que se comunica resultan brillantes, lo que en general es aplicable al tratamiento en toda la obra del sector como un complejo entramado que incluye e integra una parte agraria y otra manufacturera, y cuya óptima coordinación fue la clave de su éxito, y lo mismo en el siglo XVIII que en el XIX o en el XX, pero también en secciones como las dedicadas a los aspectos financieros, a los mecanismos que utilizaron los hacendados para obtener privilegios reales, a la elección del tipo de tecnología empleada en los molinos o trapiches de caña, a la manera en que se sorteó el privilegio de ingenios (que impedía su enajenación por deudas), o al tipo y cantidad de producciones complementa-

rias al azúcar y sus derivados en dichos ingenios. Debemos terminar, por tanto, diciendo que tanto por esto último, como sobre todo por los temas y cuestiones que se plantea, por cómo los resuelve y sabiendo que se trata de asuntos mayores en la historia económica y general de Cuba, incluso en la de su metrópoli (España), *Entre haciendas y plantaciones* no es sólo un estudio necesario, sino que en breve se convertirá en un clásico.

Antonio Santamaría García

Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC

REFERENCIAS

- ELY, R. T. (1963): *Cuando reinaba su majestad el azúcar. Estudio histórico sociológico de una tragedia latinoamericana. El monocultivo azucarero cubano. Origen y evolución del proceso*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, M. (1991): «Ingenios habaneros en el siglo XVIII», *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 547-548, pp. 113-138.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, M. (1999): «El privilegio de ingenios en el modelo azucarero de Cuba (1598-1792)», *Rábida*, 18, pp. 91-104.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, M. (2000): *Misticismo y capitales. Los jesuitas en la economía cubana, 1720-1767*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, M. (2004): *La aventura de fundar ingenios: la refacción azucarera en La Habana del siglo XVIII*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, M. (2006): «La fuerza de trabajo en los ingenios cubanos», en RODRIGO, M. (ed.), *Cuba: de colonia a república*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 119-136.

MORENO FRAGINALS, M. (1978): *El ingenio. Complejo económico-social cubano del azúcar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

RODRIGO, M. (ed.) (2006): *Cuba: de colonia a república*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Alcides Beretta Curi (coord.)

Del nacimiento de la vitivinicultura a las organizaciones gremiales: la constitución del Centro de Bodegueros del Uruguay

Montevideo, Ediciones Trilce y Centro de Bodegueros del Uruguay, 2008, 248 pp.

El Centro de Bodegueros del Uruguay fue fundado el 17 de junio de 1932. Con motivo de su reciente 75 aniversario, esta asociación le planteó al equipo de investigación dirigido por el Dr. Alcides Beretta Curi, formado por Andrea Bentancor, Daniele Bonfanti, Daniela Bouret y Mariana Viera, de la Universidad de la República, la elaboración de una monografía en la que se recogieran esos primeros pasos de la entidad. El resultado es el libro objeto de esta reseña, que mantiene un perfecto equilibrio entre el rigor académico y su carácter de obra conmemorativa.

Se trata de una publicación bien estructurada que se compone de tres secciones. En la primera, «Vitivinicultura y modernización en el Uruguay: del nacimiento del sector a la conformación del gusto y el consumo», se presentan los años iniciales del sector vitivinícola comercial en Uruguay, entre 1870 y 1930, y nos permite de este modo ubicarnos en el tiempo y en el espacio, en el momento económico, en la sociedad en la que va a surgir el Centro de Bodegueros del Uruguay, a partir de tres artículos.

El firmado por Alcides Beretta, titulado «Inmigración europea y pioneros en la ins-

talación del viñedo uruguayo», permite aproximarnos al conocimiento de los principales actores de la puesta en marcha de este sector productivo a nivel nacional, una vitivinicultura que hasta finales del siglo XIX se limitaba al autoconsumo, cubriéndose la mayor parte de la demanda del país con caldos importados. La corriente modernizadora de la economía uruguaya iniciada en el cambio de centuria, y en la que se inserta esta producción agrícola, está asociada a la participación de los inmigrantes europeos. Unos inmigrantes que jugaron su papel en todos los renglones de la actividad vitivinícola, desde los grandes empresarios urbanos que orientaron parte de sus inversiones a la misma, hasta los pequeños productores que, en unos casos con el capital traído desde el Viejo Mundo y en otros con el acumulado como medianeros y/o jornaleros en el propio sector, permitieron su expansión.

Ahora bien, si se multiplicaban por cuatro las hectáreas dedicadas al viñedo entre 1898 y 1930, al pasar de algo menos de 4.000 a casi 13.000, el vino elaborado lo hacía por quince, pues los 3 millones de litros del primer año se habían convertido en más de 50 en el último ejercicio analizado. Da-